

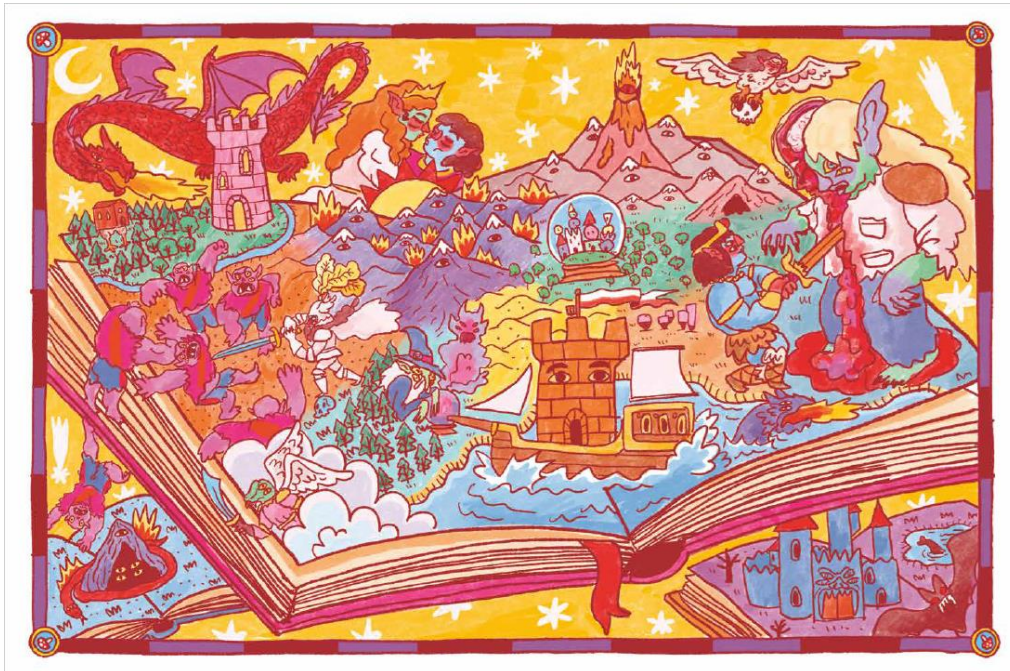


A la venta el 13 de noviembre 2024

DON·QUIJOTE·DE·LA·MANCHA



V O L U M E N · I



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

VOLUMEN I

MIGUEL DE CERVANTES



ADAPTADO POR JAVIER SÁEZ DE IBARRA
ILUSTRADO POR RICARDO CAVOLO

Ricardo Cavolo ilustra la obra más importante de la literatura en castellano.

Don Quijote de la Mancha se encuentra entre los libros más leídos a lo largo de la historia. Se considera modelo y origen de la novela moderna: una historia coral y, sin duda, de las más influyentes de la narrativa europea.

En esta edición, la adaptación del texto corre a cargo del escritor Javier Sáez de Ibarra, que ha reinterpretado los 52 capítulos que componen la obra en un lenguaje moderno, sustituyendo ciertas expresiones en desuso, pero manteniéndose fiel al espíritu del original cervantino.

La estructura de los capítulos está compuesta por una doble página de texto, intervenida con su particular y reconocible estilo por el ilustrador Ricardo Cavolo con pequeños recursos gráficos, y por una segunda doble ocupada en su totalidad por una ilustración con varias escenas, a modo de resumen de los hechos principales acaecidos en dicho capítulo. Tal vez la versión más original que se ha hecho hasta ahora el clásico universal.

PRÓLOGO

Unas palabras para ambos, lectores desconocidos. A ti, en primer lugar; a usted, a continuación.

Miguel de Cervantes publica *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, primera parte de su novela, en 1605. El libro que te presento es su edición resumida por capítulos. Algunas partes no se incluyen, como la dedicatoria al Duque de Béjar, el prólogo o los poemas de inicio y final; obviamente, se reducen diálogos, detalles o reflexiones de la obra; sin embargo, es completamente fiel a su argumento, de manera que puedes seguir la historia íntegra.

No encontrarás aquí el estilo de Cervantes: equilibrado, de largas explicaciones, concreto y sin temor a la reiteración. Un ejemplo de un pasaje al que he dado una redacción más ágil: «Pero, acordándose que el valeroso Amadís, no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse don Quijote de la Mancha».

Mi objetivo ha sido facilitarte al máximo la lectura de este libro único. Para ello, evito el vocabulario en desuso y *traduzco* algunos términos. Por ejemplo, se dice que don Quijote comía «una olla con más vaca que carnero» y vestía «sayo de velarte»; aun entendiendo las palabras, no nos dicen nada, salvo que comprendamos que su dieta y vestuario indican una posición desahogada, pero sin lujos. Me he tomado la libertad de cambiar el título de algunos capítulos para ajustarlos a su contenido. También aclaro qué son un batán o una bacía. He mantenido, o con mínimos cambios, las expresiones más conocidas: «el trabajo y peso de las armas no se pueden llevar sin el gobierno de las tripas», «yo valgo por cien (cientos)», o la frase hecha «las espadas en alto», atribuida a Cervantes aunque no aparece así literalmente. Y, por supuesto, las poéticas como estas de Marcela para referirse a sí misma: «el fuego apartado» o «una espada que prefiere quedar lejos».

Espero que disfrutes de esta obra excepcional. Reirás con sus muchos momentos de humor, rudos o irónicos. Don Quijote con su imaginación, sus disparates y su ingenuidad bondadosa te inspirará. Es, además, **una novela llena de sorpresas; uno nunca imagina qué va a pasar, qué habrá urdido Cervantes para el desenlace de cada aventura ni cómo actuarán los personajes.**



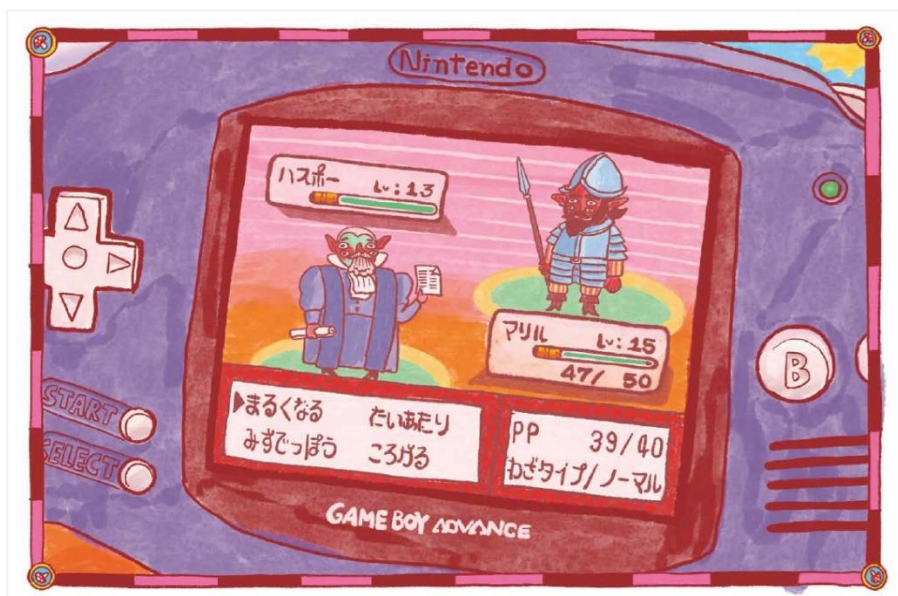
El libro que uno cree leer, se pierde y reaparece; don Quijote y Sancho son contrapuestos y complementarios, se quieren, se pelean, se necesitan; en su camino, topan con tipos curiosos, otros divertidos, hay canallas y generosos, quien sufre y quien ama, quien se aprovecha y quien necesita ayuda... Muchas situaciones dan que pensar: ¿Acaso no vivimos entre la realidad y lo que ponen en ella nuestros deseos e ilusiones? ¿No ocurre esto, de modo particular, cuando nos enamoramos? ¿Debo meterme donde no me llaman para evitar un mal? ¿Cómo ser fiel a mí mismo?

Una vez vista esta adaptación –¡o sin acabar de hacerlo!–, espero que te decidas a leer el original. Ojalá lo que he escrito te entusiasme y anime a conocerlo.

Me dirijo ahora a usted que discrepa y, quizás, se escandaliza porque considera reprehensible cualquier adaptación al castellano lo que en castellano fue escrito. La palabra tiene su valor y no cabe alternativa a la obra genuina de don Miguel de Cervantes. Así que, quienes tienen esta lengua como materna, deberán hacer el esfuerzo que sea necesario para leer el texto auténtico.

Para mi versión atiendo a la edición anotada de Alberto Blecua (editorial Espasa) y, en algún pasaje, la de Martín de Riquer (editorial Planeta). Gracias a ellas he sabido que don Quijote reprende a un cabrero por decir *cris* y *éstil*, vulgarismos de «eclipse» y «estéril», que traduzco por «eclise» y «esméril», más cercanos al habla actual. Con ello, entendemos el cuidado de nuestro caballero por el lenguaje. En otro lugar, admite que Dulcinea no pertenece a una gran familia: «los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Urreas de Aragón...»; y declara: «es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos». Vemos que lo esencial es la admiración por su dama, no la lista de apellidos, que yo puedo sustituir por «los Alba, los Medina-Sidonia o los Ahumada».





Resulta indiscutible: **nada sustituye a la lectura de la novela de Cervantes; ahora bien, mantengo que mi adaptación *es* también *El Quijote*.** Porque lo que esta obra significa *se origina* a partir del texto literal, pero su sentido *no consiste* en él. Aunque se narrara en otros términos la lucha del caballero con los molinos que ve gigantes, nos interesa ese momento icónico con toda la fuerza del valor, el ansia de justicia, y la locura que contienen; y su posibilidad de que la escena se relacione con otras situaciones. ***El Quijote es un clásico por la apertura a la inteligencia y la sensibilidad que provoca y las nuevas lecturas que permite.*** Un elemento de cultura consiste, ante todo, en las posibilidades de su disfrute y su uso. Sin esa operatividad que lo trasciende, el dato es solo erudición, valiosa, aunque insuficiente.

El conocimiento que necesitamos es el que nos permite continuar reflexionando, por contraposición, con coherencia, por analogía, etc. y, desde ahí, iluminar más y más aspectos de nuestra vida (Gadamer habla de la *aplicación* que haremos cuando interpretamos un texto). *El Quijote* no es exclusivamente el texto cervantino; sino, más que nada, el valor que atesora para una comunidad. Borges alude a ello en «La supersticiosa ética del lector». Aunque no se puede alterar una sola palabra de Góngora, «el Quijote gana póstumas batallas contra sus traductores y sobrevive a toda descuidada versión». Y afirma: «la pasión del tema tratado manda en el escritor, y eso es todo. La asperidad de una frase le es tan indiferente a la genuina literatura como su suavidad». Conocer *El Quijote* no es recordar su literalidad, sino hacerse cargo de lo que aporta. Convencido de ello es por lo que me embarqué, feliz y temblando, en esta tarea.

Ricardo Cavolo no solo suma al texto unas ilustraciones de una riqueza impresionante; propone imágenes que son otras tantas adaptaciones de *El Quijote*; encantan y despiertan el pensamiento, plantean acertijos, dialogan y se vinculan con la cultura actual (los juegos de ordenador, Disney, los Simpson) y la clásica (Botticelli, Chagall, Picasso), liberan la imaginación para asociaciones imprevistas. El texto y los dibujos son nuevas maneras de acceder a la obra maestra de Cervantes que, así, permanece viva entre nosotros.

Javier Sáez de Ibarra

CAPÍTULO III

Donde se cuenta la graciosa manera
de armarse caballero que tuvo don Quijote

Don Quijote apuró la escasa cena que le dieron, llevó al ventero aparte y se puso de rodillas ante él. Señor, no me levantaré de aquí hasta que me conceda el deseo de armarme caballero, le dijo, pasará la noche velando mis armas en la capilla de este castillo como es preceptivo y mañana recibiré la orden. Todo lo cual será un honor para usted, señor mío, y para mí, que podré ayudar a los necesitados y realizar toda clase de hazañas.

El ventero, que era un guasón, decidió seguirle la corriente; le dijo que él también había sido caballero andante de joven y mencionó lugares donde había corrido aventuras, en realidad los peores barrios de Málaga, Sevilla, Valencia y otras ciudades en las que se había visto envuelto en pleitos y hasta con alguna condena de los tribunales. Cuando le preguntó a don Quijote si traía con qué pagarle, este le contestó que no. Nunca he leído que los caballeros paguen por nada. Usted se equivoca, le respondió el dueño de la venta, aunque las novelas no lo aclaran, llevan dinero, ropa para cambiarse, un arcón para ungüentos milagrosos...; no siempre un enano que viaja en una nube aparece a tiempo de asistirlo, necesitan que los acompañe un escudero que se encargue de eso.

Le indicó que no existía capilla en su castillo, pero sí un patio donde podría velar las armas, y lo dejó allí con su locura. Don Quijote se paseaba con su escudo y su lanza bajo la luz de la luna o se quedaba quieto ante sus armas extasiado en su silencio. En esto, llegó un arriero huésped de la venta a dar agua a su recua de animales. Para utilizar el pozo que había en el patio, debía quitar parte de la armadura que don Quijote había apoyado sobre la pila y este, al verlo, lo amenazó. Atrevido caballero, no oses tocar nada o te juegas la vida conmigo. El hombre no le hizo ni caso y lanzó la armadura bien lejos. Oh, amada Dulcinea, exclamó don Quijote, ayúdame a responder a esta ofensa. Y, sin avisar al arriero, le pegó un golpetazo con la lanza en la cabeza que casi lo mata. Después, llegó un compañero suyo con sus mulas y, nada más retirar la armadura del pozo, recibió también un golpe aun mayor que el primero.

Al oír el ruido en el patio, se presentaron más arrieros que se hospedaban con los anteriores. Don Quijote echó mano a su espada y se preparó para la pelea pidiendo a Dulcinea que mirase la victoria que estaba a punto de conseguir. Se sentía invencible,

capaz de enfrentarse a un ejército de arrieros. Estos, en lugar de acercarse, empezaron a tirarle piedras; don Quijote no los atacaba por no separarse de sus armas y se protegía de esa lluvia con el escudo sobre su cabeza. El ventero les decía que parasen, pues a aquel hombre no se le podía meter en la cárcel aunque matase a alguien porque era un enfermo mental. ¡Alevoses, traidores!, gritaba don Quijote, venid aquí si os atrevéis. Y al ventero lo tachaba de malvado por no cuidar de los que llegaban a su castillo.

Al final, viendo que de don Quijote era un loco furioso, pensaron que sería mejor dejarlo tranquilo y recogieron a los heridos. En tanto, él seguía sin inmudarse, velando apaciblemente sus armas. No obstante, al ventero no le hizo gracia lo ocurrido y decidió zanjar el asunto. Señor, le dijo, disculpe lo que han hecho estos hombres de baja condición y acabemos. Ha velado las armas cuatro horas cuando solo son necesarias dos, con que ya se puede cumplir con el rito de nombrarle caballero. Aquí estoy para obedecerle, repuso don Quijote, y más vale hacerlo cuanto antes no sea que me ataquen de nuevo y tenga que cargarme a todos excepto a los que usted me diga que respete.

El castellano, es decir, el ventero, urdió una pantomima para conferirle la orden de caballería y quitárselo de encima, aun sabiendo que los dementes no podían recibirla. Llamó a las doncellas, perdon, a las prostitutas, como ayudantes, le mandó a un muchacho que sujetara una vela y sacó un libro que había en el establo. Ordenó a don Quijote que se arrodillase y fingió que leía una especie de oración. Alzó la mano, le pegó un pescocón en el cuello y, seguido, otro golpe fuerte en la espalda con la espada. Luego le pidió a una de las damas, pongamos, que le ciliere el arma a la cintura. Esta obedeció, contentando la risa con algo de miedo de su reacción, y se le ocurrió decirle: Dios le haga a usted muy feliz y le dé suerte en sus combates. El recién armado caballero le aseguró que siempre le estaría agradecido y se comprometió a hacer todo lo que necesitara. Le preguntó cómo se llamaba. La mujer contestó que la Tolosa, hija de un zapatero remediado de Toledo; don Quijote le pidió que en adelante emplease el tratamiento de doña. Y a su compañera, conocida como la Molinera, hija de un hombre de ese oficio en Antequera, igualmente le sugirió que emplease el respetable nombre de doña Molinera.

Sin más, don Quijote montó en Rocinante con prisa por buscar aventuras. Se despidió del ventero, que estaba deseando que se largase de allí, y salió al campo.

Asínotos, ya con menos miedo y habiendo recibido nombres nuevos con que aquel loco lo había dignificado, quienes se habían encontrado con él en la venta apenas se creían lo que habían vivido.



CAPÍTULO XXXIX

Donde el cautivo cuenta su vida

El cautivo narró lo siguiente: Procede de una familia de León. Teníamos una posición desahogada, aunque mi padre, como buen soldado que fue, se comportaba con excesiva generosidad y regalaba incluso el dinero que nuestra familia necesitaba. Cuando mis dos hermanos y yo fuimos mayores, decidió repartir sus posesiones en cuatro partes, dijo que para no dilapidarlas, una para cada uno de nosotros y otra para sí. Añadió que desahoga que siguiéramos el refrán: «Iglesia, o mar, o casa real»; es decir, que optáramos entre estas carreras: estudios, comercio o ejército. Yo elegí la milicia; el segundo optó por irse a América y el tercero quiso estudiar. Mi padre le vendió las tierras a mi tío y nos entregó a cada cual lo prometido en dinero. Con la idea de que el viviera más desahogado, los hermanos le dimos una parte de lo recibido. Después, nos marchamos de casa a cumplir con nuestra elección. Uno a Sevilla, otro a Salamanca y yo a Alicante. Esto sucedió veintidós años atrás.

Me embarqué para Génova; de allí, a Milán. Cuando supe que el Gran Duque de Alba se dirigía a Flandes, me uní a su tropa. Hubo una rebelión y fui testigo de la ejecución de los cabecillas. Alcancé el grado de alférez con el famoso capitán Diego de Urbina. En un momento dado, nos llegó la noticia de que los turcos habían conquistado Chipre; el Papa, aliado con España, pidió hacerles frente; se organizó una gran armada bajo las órdenes de Juan de Austria, hermano del rey Felipe II. Descendo unirme a ella, me trasladé a Génova, adonde él ya había llegado desde Nápoles. Para entonces me habían nombrado capitán de infantería. Participé en la gloriosa batalla de Lepanto, el 7 de octubre de 1571, en que salimos victoriosos y demostramos que el Imperio otomano no era invencible. Sin embargo, tuve la desgracia de ser capturado. El rey de Argel había destruido uno de nuestros barcos y la nave en que yo estaba fue en su auxilio. Salté el primero a la cubierta enemiga, pero como nuestro barco desplazó el suyo con el espólon, mis compañeros no pudieron seguirme. Me rodearon, recibí muchas heridas y me capturaron. Mientras remeros compatriotas nuestros encadenados a las galeras turcas lograban la libertad, yo, en cambio, caía prisionero. Me condujeron a Constantinopla y allí fui forzado a remar en sus barcos. A las órdenes del capitán Uchali, recorrimos los mares y llegamos a Navarino, en el golfo de Mesenia. No se atrevió a atacar por miedo a que las naves de la coalición cristiana lo derrotaran, de modo que se retiró a la cercana isla de Modón y fortificó la boca del puerto a la

espera de acontecimientos. Por entonces ocurrió algo increíble. El famoso almirante Álvaro de Bazán, al mando de *La Loba*, capturó el navío *La Presa*, que gobernaba el hijo del célebre pirata Barbarroja. Sus marineros lo odiaban tanto por su crueldad que, al ver que don Álvaro se acercaba, se enfrentaron a él y lo mataron a mordiscos.

Don Juan de Austria conquistó Túnez y colocó al mando a Muley Hamet. Los turcos, a su vez, no se quedaron quietos, astutamente firmaron la paz con los venecianos, y reunieron un ejército enorme de cuatrocientos mil hombres con norteafricanos y árabes. Destruyeron el puerto y la fortaleza de La Goleta en Túnez, para ello levantaron muros de sacos con que superar la altura de las murallas y poder disparar desde ahí. En el fortín no había más de siete mil soldados, cercados por un número ingente de enemigos que peleaban por su tierra y sin posibilidad de salir a campo abierto. Fue justa esa derrota, porque para mantener aquella base edificada nada más que en honor de Carlos V no se hacía sino derrochar enormes cantidades de dinero. La lucha fue terrible y la defensa del lugar, heroica. Hubo una matanza; finalmente, la coalición turca venció e hizo muchos prisioneros, todos malheridos. Entre ellos: Juan Zanguera, un valenciano valeroso encargado del fuerte; don Pedro Puertocarrero, general que falleció de tristeza por su derrota cuando lo llevaban preso a Constantinopla; el general Gabrio Cervellón, ingeniero milanés. Combatientes ilustres habían perecido en el asalto; me acuerdo de Pagán de Oria, hermano de Juan y sobrino del famoso Andrea Oria, quien tuvo un trágico final, pues lo asesinaron unos árabes traicionándolo al decirle que lo trasladaban al puerto genovés de Tabarca. Estos llevaron su cabeza al general de la armada turca, pero se enfureció porque no se lo entregaron vivo y los mandó ahorcar. También capturaron a don Pedro de Aguilar, un andaluz que estuvo conmigo condenado como galeote y que era muy ingenioso; escribió dos sonetos de homenaje al puerto y a la fortaleza de la Goleta.

Al oír ese nombre, Fernando miró a los caballeros que lo acompañaban y se sonrieron; le pidió que les contara qué le había sucedido. Estuvo en Constantinopla; al cabo de un par de años, se fugó disfrazado de albanés con un espía griego. Creo que consiguió la libertad. Aquel hombre es mi hermano, dijo uno de los caballeros, ya se encuentra en casa, es rico, está casado y con tres hijos. Se lo merece, respondió el cautivo, nada hay mejor en este mundo que recuperar la libertad perdida. Yo también como los sonetos, puedo decirlos si lo desean, añadió ese caballero; y el cautivo le pidió que lo hiciera.



164



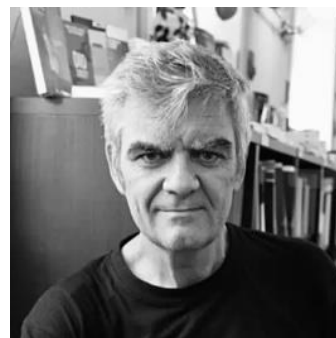
165





Ricardo Cavolo es uno de los artistas españoles más internacionales. Ha expuesto en galerías de Madrid, Londres, París, Nueva York, Montreal, Oporto y Milán. Ha trabajado en varias campañas publicitarias y para marcas como Gucci, Apple, Zara, Starbucks, Alexander McQueen, Bally y Nike. Para Lunwerg también ha publicado los clásicos *Romancero gitano* (2022) y *Poeta en Nueva York* (2023), ambos de Federico García Lorca.

Javier Sáez de Ibarra es profesor de Lengua y Literatura de Secundaria y autor de varios libros de cuentos, un poemario y una novela. Además, publica textos de crítica literaria y misceláneos en *Cuadernos hispanoamericanos*, *Revista PenúltiMa*, *Quimera*, *Ínsula*, *Turia* o *Zenda*, entre otras.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Ricardo Cavolo, Javier Sáez de Ibarra

Lunwerg Ed. 2024

19 x 25 cm.

224 páginas

Cartoné

PVP c/IVA: 29,95 €

A la venta desde el 13 de noviembre 2024

Para más información a prensa, imágenes o entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Lunwerg

Tel: 91 619 212 722 // lescudero@planeta.es

